BENARÉS, INDIA

–Conozco el objeto de tu viaje –le dijo–. Vas a combatir con el *addana* y te matará no por su valor, sino por su astucia. A la entrada de la cueva hay un pilar de piedra y puedes ver a todos los que llegan sin ser visto por nadie. Protegido por el pilar, mata a todos los que llegan con una lanza envenenada. Si me das tu fe de amarme más que a ninguna otra mujer en el mundo te daré una piedra, de forma que al entrar tú le podrás ver sin ser visto por él.

–Lo juro –dijo Peredur–. En cuanto te he visto, te he amado. ¿Y dónde podré encontrarte?

–Búscame en dirección a la India –le respondió.

MABINOGION

La primera impresión fue que esta ciudad lo convierte todo en metáfora. Ahora presiento que esta ciudad hace inútiles las metáforas.

El ventilador chirría sobre mi cabeza. He apagado todas las luces y afuera sólo se oye el aullido de los perros y el griterío de los monos. Ella duerme en la habitación de arriba; creo que no ha notado cómo salía tembloroso de la cama y luego de la habitación. A veces me pasa que no puedo dormir y me atraviesan sensaciones extrañas. El ventilador gira sobre mí y ella, en este momento, se acaba de despertar, se incorpora de un salto y grita mi nombre con todas sus fuerzas. Baja corriendo las escaleras y cuando entra en la sala donde estoy llega a tiempo de ver cómo las aspas siegan mi cabeza y luego el tronco y más tarde las piernas y los pies. Entonces sonríe: ese chirrido sobre mis huesos la relaja.

Mi visado es de turista y expira a los tres meses. El de ella es de estudiante y es válido por un año. Intento matricularme en la universidad y no puedo hacerlo porque necesito el visado de estudiante. Intento que la Policía me dé un visado de estudiante y no pueden porque necesito estar matriculado. Un círculo vicioso que, a medida que las semanas pasan, se hace más angustioso. Decido ir a ver al rector para explicarle mi situación. Me llevo un libro de poemas mío que lleva mi foto, *Mi enemigo*, para demostrarle que quiero estudiar a fondo la poesía devocional de la India (los primeros libros

que me he comprado son de Kabir y Mirabai) pero que la burocracia no me lo permite. Dudo que me reciba, dudo que me atienda, dudo que pueda ayudarme. Pero voy. Me escucha con respeto y me hace servir un *chai.* Luego, ya en la puerta, me aconseja volver a hacer gestiones con la Policía. Es lo que he hecho esta semana. Les he llevado mi pasaporte, les he explicado lo que quiero. Y hoy, al ir a recogerlo, he comprobado que me han dado ese visado de estudiante gracias al cual podré matricularme y quedarme un año prorrogable en Benarés. Al pretender, como es preceptivo aquí siempre que se trata con miembros de cualquier institución, darle al policía una propina, este me ha detenido con la mano abierta y me ha dicho, muy serio, que un poeta es siempre bienvenido en la India.

Me han aceptado en el curso de hindi de la universidad a pesar de estar ya fuera de plazo. He estado yendo diecisiete días seguidos a clase sin que se haya presentado ni el profesor ni los otros alumnos. Hace una semana, por fin, vi a aquél cruzando uno de los oscuros y polvorientos y húmedos pasillos y corrí a su encuentro. Ah, sí, cómprese este manual y venga mañana a las dos, me ha dicho. Vale, a las dos, gracias. Es lo que llevo haciendo todo este tiempo, con el manual dentro de la bolsa, sin que haya vuelto a tropezar con él. Abandono.

A la orilla del Ganges, en uno de los *ghats* de Varanasi,
mientras tomamos *chai* y la tarde comienza a deshacerse,
sé que tu cuerpo es uno con el mío,
ahora que el crepúsculo se duerme para siempre en nuestra piel,
más que en las largas noches de abrazos y caricias.
La memoria de un cuerpo no la forma otro cuerpo,
sino el sol que se pone, o los perros que saltan,

o la leve tristeza que deja este sonido de caracolas y campanas
de los templos cercanos.
Y este sol que se pone, y estos peces que saltan, y esta leve tristeza
son nuestros cuerpos que se buscan más allá de sí mismos.

De una carta a María Zambrano:

Cuando llegué a esta ciudad –hace ya cuatro meses– tuve la revelación de que mi vida aquí tendría, entre otros menores, el sentido de una expiación: Benarés llegaría a ser el fuego, quizás el infierno, donde iba a purificarme de mis culpas, la mayor parte de ellas contraídas en mi relación tramposa con la verdad –con lo mejor de mí mismo, con lo mejor de los otros, con lo mejor del mundo–... Hasta entonces, lo mejor de mí mismo había llegado a manifestarse a pesar de mí mismo, incluso en contra de mí mismo. Mi enemigo –ese ser oscuro que todos llevamos dentro– se había adueñado de mi vida y me había suplantado; él vivía mi vida con más brillo que yo –era más encantador, más generoso, más simpático, más dulce, más amable, más ingenioso, más fuerte, etcétera–, así que todo el mundo le apreciaba más que a mí y yo cada vez tenía menos posibilidades de tener éxito y vencerle en esta lucha desigual. Hasta los que más me querían, deslumbrados por su apariencia, se habían aliado con él en contra de mí. Ahora, pensaba, en Benarés tendré la oportunidad –por obra y gracia de una mujer y de ser esta ciudad una creación del espíritu– de descender a las profundidades de mi ser y rescatarme de las cadenas que mi enemigo me había puesto. Entonces me vería libre de la culpa que era haberme convertido en mi enemigo –o peor: de haberle permitido a él que se transformara ante todos en mí– y, por lo tanto, preparado para recuperar y reasumir mi vocación de suicidarme en la luz.

Mientras escribía, durante el segundo mes, un pequeño libro que le dedico, titulado provisionalmente *Acerca de mi enemigo*, tuve la intuición de que lo único que estaba más allá de su poder era mi propia muerte, y que, por lo tanto, era mi muerte lo que tenía que invocar en mi ayuda contra él. Decidí, pues, morir, y hacerlo en una de las modalidades que más me cuesta: la renuncia. El resto del tiempo en este lugar lo he pasado aprendiendo a renunciar, que es casi como decir aprendiendo a entregarme. No sé si he avanzado mucho en este aprendizaje, pero por momentos me siento a gusto –no sólo a gusto, sino también confundido– con la noche que empieza a envolver cada uno de mis gestos, hasta los más pequeños. No sé, tampoco, hasta cuándo podré resistir este proceso de vaciamiento, este mirarle a los ojos a la nada sin pestañear; ni cuándo volveré a emerger, a salir de nuevo a la luz.

Mañana corta mi cabeza y tírala por el balcón donde aguardan las ratas. Verás cómo mastican mis ojos, cómo arrancan a dentelladas mi lengua, cómo se abren paso a través de mis fosas nasales y se disputan a mordiscos mis sesos. Su bullir laborioso y desordenado atraerá a los chuchos, a los monos, a los buitres que sobrevuelan las orillas del Ganges, a cientos de insectos y de ranas. Entre todos no dejarán nada de mi cabeza. Cuando lo comprendas, vuelve a entrar en la habitación y ámame: sólo entonces podré corresponderte.

Una tarde perfecta que algún día se revelará como terrible. Empiezo a acostumbrarme a estos cambios de humor de los recuerdos futuros. Y los anticipo con fruición, impaciente.

Texto correspondiente a la *Bhagavad gita* grabado en inglés sobre una de las paredes del templo de la Universidad:

«Uno debería elevarse por su propio esfuerzo y no degradarse a sí mismo, porque uno mismo es su propio amigo y uno mismo es su propio enemigo». Casi cada día iba a leerlo después de comer. Meditaba sobre él unos minutos o le pedía a algún devoto que me diera su propia interpretación. También lo cotejaba con otras traducciones, las treinta o cuarenta que llegué a encontrar, y con textos complementarios de nuestra tradición filosófica. Acabó siendo un bastón sobre el que me apoyaba para caminar, un cuenco del que bebía, un elefante que me transportaba por la selva, un barquero sabio, una guirnalda que me adornaba. Cualquier cosa menos una frase: no palabras sino energía; no sintaxis sino lago; no una lógica o una ética determinadas ofreciéndose a modo de consejo sino la pureza de un rapto amoroso. Descalzo sobre el mármol frío, me dejaba leer por ella y por el sándalo y los cánticos que la envolvían. Pronto renuncié a interpretarla y me deshice de las notas, de las diferentes versiones y de mi actitud arrogantemente reverente. También dejé de acudir al templo, demasiado pequeño, me di cuenta, para contenerla, para resguardarla de los peligros del afuera, para protegerla de ese clima feroz e imprevisible que azota la mente del que es sabido por lo-que-sabe.

C. lleva más de un año viviendo en una aldea del Himalaya. Tiene un gurú del que no para de hablar y uñas largas y sucias. También menciona mucho a una hermana que escribe libros acerca del sufrimiento. *I'm trekking in my mind,* repite sin parar. No le gusta mi chiste: entonces tu gurú es un sherpa, ¿no?

Tres niños jugando con una rata. El juguete del pobre, como en aquel poema de Baudelaire. Mis ratas se llaman: pensamiento, sentido de culpa, pasado y futuro, contradicción, angustia, sensibilidad. Pero los niños se divierten más